



DÉCimas NUEVAS

PARA CANTAR LOS AFICIONADOS POR EL PUNTO DE LA HABANA!

«Ven acá, paloma mía,
con esos brazos de amor,
consolarás á este amante
que llora con gran fervor.»

Eres el sol hechizado,
y así con grande contento
te digo en este momento
que eres ángel humanado;
á tus piés estoy postrado
y es tanta la pasión mía,
que te digo en este día
sois reina de las mujeres;
dame un abrazo si quieres,
«ven acá, paloma mía.»

Aquí tienes un esclavo,
princesa de Alejandría,
¿cuándo llegará aquel día
para mí tan deseado
que yo te tenga á mi lado
que será mi grande honor?
y así con grande favor
me muero por tus pedazos;
échame dos fuertes lazos
«con esos brazos de amor.»

Te quiero, dama graciosa,
y en tí tengo que adorar;
te tengo que venerar
porque eres la mas hermosa;
digo, carita de rosa,

que eres la perla y diamante,
la azucena mas fragante,
eres el dulce clarin,
ven acá tú, serafin,
«consolarás á este amante.»

En fin, diosa de Cupido,
bello encanto de los hombres,
no me des las penas dobles
que ya me tienes rendido;
mi corazon tengo herido
con grande pena y dolor,
y si me tienes amor,
el consuelo le has de dar
á tu amante sin tardar,
«que llora con gran fervor.»

«Una pulida Manuela
mi amor y entusiasmo excita,
una Francisca me mata
y una Inés me resucita.»

Es mi delicia y consuelo
una Josefa graciosa,
y una Isabel primorosa
me parece que es un cielo:
por una Luisa estoy lelo,
adoro una Micaela,
y una afable Rafaela
me causa viva emocion,
y me roba el corazon
«una pulida Manuela.»

Soy esclavo y prisionero
de una ilustre Serafina,
y una hermosa Catalina
mas que á mi vida la quiero;
á una Joaquina venero,
y una sandunguera Rita
en dulce calma me agita;
estimo á una Celedonia
y una resalada Antonia
«mi amor y entusiasmo excita.»

Por una Andrea garbosa
estoy enfermo de amor,

y me receta el doctor
una Vicenta fogosa;
no vivo por una Rosa,
una Gabriela me encanta,
mi espíritu se dilata
si miro á una Sinforosa,
y encendida y amorosa
«una Francisca me mata.»

Tengo siempre en mi memoria
una Benita constante,
y con su talle elegante
me cautiva una Gregoria;
una Agustina es mi gloria,
aprecio una Margarita,
y de una amable Angelita,
mi alivio y consuelo espero;
por una Alejandra muero,
«y una Inés me resucita.»

«Una preciosa María
es un sol resplandeciente,
y una Teresa un lucero,
que al sol le dice, detente.»

Una linda Felicianita
me parece,
y todo se lo merece
una sencilla Juliana;
me gusta una Sebastiana
idolatro á una Lucía,
y una hermosa Rosalía,
es la que á mí me conviene;
y apasionado me tiene
«una preciosa María.»

A la vista de una Blasa
me vuelvo un terron de azúcar,
y en la ribera del Júcar,
me enamoró una Tomasa;
una alegre Nicolasa
me pone en cuarto creciente.
y es la perla del Oriente
una Engracia generosa,
y una Marcelina airosa

«es un sol resplandeciente.»

Una Joaquina me entona
con su gracia y su primor;
y con cadena de amor
me cautiva una Ramona;
una Petra me trastorna
con su garbo y su salero,
y es muy cierto y verdadero
que una Isidora que vi
es un precioso rubí
«y una Teresa un lucero.»

Una Mariana rubita
me tiene como hechizado,
y mi corazón la he dado
á una Juana muy bonita;
me hace latir una Anita
por su meneo excelente,
y una Lorenza prudente
es de mi norte la estrella,
y una Pascuala es tan bella
«que al sol le dice, detente.»

«Hermoso clavel dorado,
palma, lirio y azucena,
serenita encantadora,
clavellina, flor, mosqueta.»

Perderé toda mi hacienda,
alma, vida y corazón;
pararé en una prisión,
entre grillos y cadenas,
pasaré todas mis penas
por tenerte yo á mi lado,
espero no ser burlado
que te quiero muy constante,
lucero por lo brillante,
«hermoso clavel dorado.»

Si como dicen que ha habido
los doce pares de Francia,
con todos me peleara,
por estar yo bien contigo;
por tí perderé el sentido
también remaré en galeras,

por caminos y veredas,
siempre te quisiera ver,
porque te quiero poner
«palma, lirio y azucena.»

Aunque viniera un león
con todito su poder,
no me había de vencer,
ni quitarme la razón;
aunque viviera Sansón,
he de vencer la victoria,
si tuviera una corona,
también te la regalara,
hermosísima Diana,
«serenita encantadora.»

Tiemble todo el mundo entero
al oír de mí la voz,
venga con paso veloz
el más valiente extranjero
yo no le temo al infierno
venga el indio con su flecha,
la lección es muy estrecha,
para batirse conmigo;
yo no le temo al peligro,
«clavellina, flor, mosqueta.»

«En la torre de mis gustos,
donde tan alto me ví,
por ser el cimientito falso,
otro subió y yo caí.»

Tanto favor recibí
de tu hermosura bizarra,
que el alma quedó tu esclava
y se moría por tí;
yo siempre mandaba en tí
con un imperio absoluto,
ninguno era de tu gusto,
á todos aborrecías,
y solo á mí me subías
«en la torre de mis gustos.»

¿Quién á mí me lo dijera
cuando más contento estaba?
pues siempre me acariciabas

como si príncipe fuera;
ahora es de otra manera,
pues caso no haces de mí.
dime: ¿qué causa te di
para perder tanto abono?
pues me derribas del trono...
«donde tan alto me vi.»

Si hubieras sido leal
y no falsa lisonjera,
de esta suerte no me viera
ni sufriera tanto mal;
mas pues tu maldad es tal
que me presenta este paso,
le digo sin embarazo
al mismo amante que tienes,
que él caerá de sus trenes
«por ser el cimiento falso.»

El amor que te tenía
se me ha ido borrando,
y el alma ya va olvidando
tanto como te quería;
yo nunca me presumía
que habías de ofenderme á mí,
mas pues ya te conocí,
todos dirán sin disputa,
que por una disoluta
«otro subió y yo caí.»

«En aquesta soledad
lloro un bien que no poseo,
pues sin libertad me veo
en lo mejor de mi edad.»

El sol, estrellas y luna,
signos y demás planetas,
vístanse negras bayetas
al ver mi mala fortuna;
lloren desde su alta cuna

mi suerte, mi iniquidad,
publiquen pues la verdad,
de estos acentos que expreso
pues estoy á mas de preso
«en aquesta soledad.»

Los hombres, peces y aves,
el aire, tierra y el fuego,
al ver mi gran desconsuelo,
pidan creces á los mares;
cesen el canto las aves,
callén su dulce gorgceo,
mirando el estado fiero,
y penas que estoy pasando;
pues á mas de estar penando,
«lloro un bien que no poseo.»

Las rosas y demás flores
aunque en su abril divertidas,
de fino color vestidas
publiquen mis sinsabores:
vístanse todas de horrores,
de llanto el hermoso suelo,
y hasta las plantas anhele
que me ayuden á llorar;
lloren, lloren sin cesar,
«pues sin libertad me veo.»

Hasta las mas duras rocas,
que incapaces son de hablar,
para sentir mi penar
abran de su centro bocas;
y si estas parecen pocas,
pide mi temeridad,
diga tambien la verdad
cuanto este mundo contiene;
¿quién es quien preso me tiene
«en lo mejor de mi edad?»

FIN.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal,

